

LOS LIBROS

GUERRA MUNDIAL

GRANDEZAS Y MISERIAS DE UNA VICTORIA, por *Georges Clemenceau*.

Es un bello record editorial el que se ha apuntado la firma de M. Aguilar al traducir y publicar este libro de Clemenceau con tanta rapidez que los ejemplares castellanos se han vendido en Santiago antes que los franceses (1). Se trata en realidad de un libro excepcional, que merece la acogida que ha tenido y cuya envergadura justifica de sobra el clamoreo que comienza a producirse en torno a él.

Hagamos historia. Poco antes de morir, el Mariscal Foch encargó a un estimable escritor francés, Raymond Recouly, que escribiera un Memorial de Foch así como hay un Memorial de Santa Elena en que se registran las palabras de Napoleón que explican sus campañas y sus gobiernos. En este Memorial,

(1) M. Aguilar, editor, Madrid, 1930.

Foch hace inculpaciones a Clemenceau. El Tigre, que estaba retirado a la casa de campo en que iba a morir pocos meses más tarde, se mostró primero sorprendido y luego irritado por la actitud póstuma de Foch. Anunció que escribiría un libro en el cual iba a decir la verdad, toda la verdad, respecto de la dirección de la guerra y sobre la paz que la ha seguido. De aquí el libro.

En lo que se refiere a Foch, Clemenceau cuenta la forma en que se le designó Generalísimo de los ejércitos aliados, en un momento crítico en que las armas aliadas perdían terreno y estaban a punto de ser cortadas en su línea occidental. Cuenta también cómo la defensa de Foch en el Parlamento en el asunto del Camino de las Damas (retirada de los ejércitos aliados, con fuertes pérdidas) fué hecha por él con un fuego tal que la oposición quedó paralizada y desarmada. Y también dice que fué él quien propuso a Foch para el mariscalato, creado nuevamente en forma especial para premiar a los jefes militares que se habían distinguido en la guerra.

Pero Foch no es el único hombre

que aparece en estas páginas soberbias y desenfrenadas. También figura Poincaré, Presidente de la República durante la guerra y luego jefe del gabinete en diversos períodos de la post-guerra. Foch es para Clemenceau el enemigo de durante las operaciones. Poincaré es su adversario de más adelante. En efecto, Clemenceau le reprocha falta de firmeza en su concepto de las reparaciones debidas por los imperios centrales a los aliados y le echa en cara haber dado a la paz el carácter de «paz a reculones», palabras con que titula uno de los capítulos de su libro. Para Clemenceau Francia es la víctima, al mismo tiempo que de la perfidia germánica, de la insularidad británica y—lo que es más grave—de la indiferencia y frivolidad de los propios gobernantes franceses de la post-guerra.

El libro de Clemenceau no es un tratado frío, ni una obra estadística, ni siquiera un texto de alta política. Es nada más—pero también nada menos—que un alegato, con las violencias, los ex-abruptos y las irregularidades propias de un alegato en el cual se ponen vehemencia pasional, ímpetu combativo y toda clase de entusiasmos y rencores. Para calificar a los hombres encuentra expresiones deliciosas e inimitables: Lord Balfour, el político inglés que acaba de morir, es «el más culto, amable y cortés de los hombres inflexibles»; «lord Robert Cecil, un cristiano que cree y quiere vivir su creencia»; Edward House, «el coronel House, un super-civilizado escapado de los salvajismos de Texas» (pág. 124); «Venizelos, hijo de Ulises

y de Calipso, lealmente impregnado de una astucia helénica» (pág. 125). Sobre Foch y Poincaré dice muchas cosas sabrosas; la más penetrante parece ser la siguiente:

Esperé (en el Parlamento), y hasta actué en algunas ocasiones, bajo el fuego graneado de los argumentos, con un soldado insubordinado que me venía a los alcances y un Presidente de la República que habría querido verme en el fondo de un pozo. (Pág. 135.)

La Liga de las Naciones arranca a Clemenceau muchas protestas por la garrulería, el charlatanismo impenitentes que allí dominan; pero la mejor de sus expresiones para condenarla es ésta: «los acordes de la guitarra ginebrina», que se lee en la página 92.

M. Poincaré anuncia en un artículo publicado simultáneamente en Francia y en varios otros países (entre ellos Chile) una respuesta a las inculpaciones de Clemenceau en un nuevo volumen de su libro de recuerdos. En realidad, Clemenceau acusa al ex-Presidente de Francia en forma tan seria y contundente que parece difícil que este «jurisconsulto profesional»—como lo llama—logre deshacer la trama de este libro. Cuando uno halla en un libro tal cúmulo de aseveraciones, hechas con fuego y con desdén soberbios, le parece casi imposible que el acusado sepa defenderse y consiga dejar una impresión contraria a la que arroja el libro acusador.

Esa es la sensación dominante cuando se termina de leer la obra de Clemenceau: sus palabras precisas,

certeras, violentamente sinceras, parecen inspiradas en la verdad más pura. No se puede poner fuego semejante para disfrazarla o torcerla.—
R. Silva Castro.

JULIO, 1914, por *Emil Ludwig.*

«La culpa de la guerra corresponde a toda Europa.» Esta primera frase del libro de Ludwig ha atraído sobre el autor de *Napoleón* la ira de todos los chovinistas de Europa. Tanto del lado francés, como del alemán, se han descargado grandes protestas. Nadie quiere ser responsable de la guerra y aún «ese innombrable girón de abyección imperial que se oculta en su fango de Doorn», como dice Clemenceau, niega que sus indecisiones y su megalomanía hayan sido una de las causas principales del desastre europeo.

Sin embargo, los documentos hablan más claro que los hombres que hoy se defienden de los errores cometidos desde Julio de 1914 hasta el primer día de la guerra. «Este libro es un estudio de la imbecilidad de los poderosos en aquel crítico momento y del instinto justo de los por aquel entonces impotentes.» Estos imbeciles serían en primer lugar el conde Berchtold, Ministro de Estado de Austria-Hungría; Nicolás II, Emperador de Rusia; Guillermo II, Emperador de Alemania; Poincaré, Presidente de la República Francesa; Sasonow, Ministro de Estado de Rusia y otra cantidad de gente irresponsable de su cobardía, de su estu-

pidez y de su ineptitud de gobernantes y de diplomáticos.

Hoy día, aquella guerra, gracias a lo que proclaman unos y otros, ha pasado a ser una guerra exclusivamente defensiva. Alemania se defendía de Rusia; Rusia, de Alemania; Austria-Hungría, de Serbia; Francia, de Alemania. La verdad es que unas y otras naciones, unos y otros gobernantes, hicieron lo posible por no ser ellos los que primeros atacaran y aun llegaron a inventar ataques ajenos para justificar los propios. «No hace falta ser un Bismarck para impedir esta guerra, la más estúpida de todas.» Pero no se impidió. Los acontecimientos se enredaron en tal forma que al final nadie sabía lo que iba a hacer, con quién iba a pelear y por qué. Nicolás II dirigía telegramas de paz a Guillermo II, después de haber ordenado la movilización; Guillermo II, luego de hacer derroche de arrogancia y de espíritu guerrero, preguntaba si no habría aún algún medio de arreglar las cosas. Pero las cosas no se pudieron arreglar y no se arreglaron sino cuando la guerra había devorado siete millones de hombres.

Sólo murieron en la guerra los que no la querían: el Archiduque de Austria inició con su muerte el asesinato colectivo; murió sin saber lo que su fallecimiento iba a costar a Europa. Siguió Jaurès, y tras él fueron todos los franceses, rusos, alemanes, ingleses, todos aquellos a quienes sus gobiernos engañaron diciendo que la guerra era una guerra de defensa, provocada por el enemigo.

Los instigadores de la guerra, esos